

La ocupación francesa de España, 1808-1814: Ejército, política y administración

Charles Esdaile, Elisabel Larriba, Emilio La Parra, Lluís Roura,
Carlos Franco de Espés y Francisco Javier Maestrojuán
CARLOS FRANCO DE ESPÉS, Coord.

Miscelánea *El interés por el humanista Antonio Agustín en la Europa ilustrada.* Santiago Aleixos Alapont
Una restauración que no restaura: América y el camino de la independencia. Tomás Pérez Vejo
«Ya no hay Pirineos»: La revolución de 1848 en Aragón.
Ignacio García de Paso García

Libros M. Pérez Ledesma, I. Saz, J. Canal, I. Peiró, A. Giménez Soler,
M.^a C. García Herrero, C. Pérez Galán, J. Estarán, A. Hugon,
D. Aznar, G. Hanotin, N. F. May, F. J. Alfaro, S. Darmagnac,
R. Zurita, A. Moliner, E. Fureix, F. Jarrige, F. J. Romero Salvadó,
A. Smith, F. Ezpeleta



bicioso a la par que arriesgado. Con una extraordinaria labor de archivo y la elección de un magnífico corpus documental, el autor sale más que airoso del desafío que supone analizar las actitudes del episcopado español ante la secularización durante todo un siglo. Antonio Moliner i Prada nos ofrece además valiosos datos sobre los obispos de cada diócesis y su visión del mundo así como un balance bastante amplio de los estudios realizados sobre el catolicismo en el siglo XIX.

Francisco Javier RAMÓN SOLANS
WWU Münster

De la crisis de la modernidad al siglo de los posibles

Emmanuel Fureix y François Jarrige, *La modernité désenchantée. Relire l'histoire du XIXe siècle français*, Paris, La Découverte, 2015, 391 pp.

«L'histoire nous rappelle qu'il est possible de vivre différent, qu'aucune nécessité n'enchaîne le présent [...] En déconstruisant les catégories, l'histoire émancipe».

Con estas poderosas palabras (p. 387) culmina un ensayo historiográfico sobre el siglo XIX francés que desborda con creces los objeti-

vos planteados inicialmente por sus autores. Fureix y Jarrige se proponen ofrecer «un viaje al siglo XIX de los historiadores» accesible para el gran público, capaz de traspasar las barreras que fragmentan la producción académica. Para ello, realizan un repaso minucioso de los trabajos publicados a partir de la década de 1980, agrupados en temáticas coherentes pero fluidas. La estructura de los siete capítulos podría parecer convencional al lector apresurado que se limite a ojear el índice: historiografía, industrialización, cultura, identidades, política, Estado y colonización. Sin embargo, al sumergirnos en cada uno de ellos, la sucesión de temáticas y autores está atravesada por hilos que se deslizan para conformar una compleja trama.

Nos encontramos ante un libro que puede leerse de diversas maneras y emplearse para propósitos distintos. Ante todo, ofrece un compendio historiográfico que –sin tratar de ser exhaustivo– constituye una manera sencilla y accesible de aproximarse al siglo XIX francés. En este sentido, es un fantástico manual para estudiantes o aficionados a la historia. Si descendemos a las citas a pie de página, encontramos una puerta de entrada a los debates especializados que resultará de gran utilidad para cualquier investigador que desee introducirse en las novedades de un campo específico. El segundo capítulo, por ejemplo, ofrece una panorámica actualizada de la historia de la ciencia, la tecnología, la energía, la industrialización, el consumo, el trabajo, la organización empresarial,

la salud, la medicina, la contaminación, el paisaje rural, la demografía, el espacio urbano, las migraciones, los transportes, los animales o la gestión de residuos (pp. 49-116). Todos estos aspectos aparecen conectados a través de una reinterpretación crítica de la modernización, entendida como un movimiento sinuoso e incierto, modelado por el conflicto y la negociación impulsada «desde abajo» por los actores sociales.

Más allá de su utilidad como manual o ensayo bibliográfico, *La modernité désenchantée* ofrece una reflexión sobre la pérdida de confianza en las certidumbres y esquemas teleológicos que dominaron hasta hace unas décadas las lecturas sobre el siglo XIX. Los autores deconstruyen minuciosamente los relatos lineales del progreso en sus diferentes manifestaciones: desde la industrialización y el ascenso de la burguesía, hasta la democratización y la homogenización cultural, pasando por la secularización y la construcción del Estado. Cada uno de los capítulos cierra su amplio recorrido historiográfico, su descenso a los detalles, con una conclusión común. La modernización económica deja de aparecer como un «proceso ineluctable» para convertirse en un «movimiento sinuoso e incierto», marcado por las «discontinuidades y las contingencias» (capítulo 2). Las modernidades culturales aparecen cuestionadas por los propios contemporáneos, mientras la aparente uniformidad de la cultura de masas esconde usos sociales y percepciones del tiempo diferentes y contrapuestas (capítulo 3).

Las identidades y categorías sociales se disuelven para mostrar su carácter «fragmentario» y «discontinuo», poniendo el acento en los «itinerarios individuales» y las «redes relacionales» (capítulo 4). El relato de la modernización política y el progreso republicano pierde su carácter lineal para subrayar las exclusiones, poniendo en valor la politización «desde abajo», las experiencias contrarrevolucionarias y los proyectos alternativos, derrotados por el triunfo del liberalismo (capítulo 5). La maquinaria del Estado, lejos de avanzar al ritmo inexorable de la centralización y la burocratización, se enfrenta a resistencias comunitarias que desembocan en un juego de negociaciones, equilibrios y transacciones (capítulo 6). Por último, la colonización se revela como una experiencia «diversa y discontinua», «frágil y contestada», estableciendo relaciones de dominación complejas que cuestionan los binomios esencialistas (capítulo 7).

El libro resulta eficaz a la hora de desmontar la visión lineal del progreso, recurriendo a una constelación de conceptos para evocar la imagen de fragmentación e incertidumbre: pluralidad, ambivalencia, desencanto, duda, discontinuidad, diversidad, multiplicidad, complejidad, negociación, contestación, apropiación, acomodamiento, permanencias, caminos inacabados, ramas olvidadas, posibles no realizados... En este sentido, el gran reto del trabajo consiste en –una vez completada con éxito la impugnación de los viejos ídolos– ofrecer caminos alternativos para la escritura de la historia.

Evidentemente, los autores no tratan de presentar un nuevo paradigma que sustituya a la «religión del progreso» y los relatos totalizadores de la modernización. Pero tampoco se abandonan a una mera deconstrucción relativista. El libro está atravesado de nuevas vías de estudio y esperanzas de futuro. En primer lugar, en cada uno de los capítulos, se reivindica la necesidad de emprender una aproximación «desde abajo» a las diferentes problemáticas historiográficas. Los trabajadores emergen como protagonistas de la industrialización y las transformaciones tecnológicas. La percepción de la temporalidad y la modernidad varía en función de los grupos sociales, por lo que se impone la necesidad de escribir «una verdadera historia social de la discordancia de tiempos» (p. 120). En el ámbito de las prácticas culturales, se reivindica «una nueva historia desde abajo» de la lectura y la escritura (p. 165). Pero el aspecto más interesante, que desvela una carencia de la historiografía española, es el de la renovación de los estudios sobre la politización popular. El quinto capítulo realiza un excelente repaso a las aportaciones de las últimas décadas, alejadas del paradigma tradicional del «descenso de la política a las masas». Los trabajos de Maurizio Gribaudi, Michèle Riot-Sarcey, Louis Hincker, Alain Corbin, François Ploux, Roger Dupuy o Raymond Huard, han supuesto una renovación que apenas ha influido en nuestro país, donde seguimos apegados a una concepción de las culturas políticas cuestionada desde hace

tiempo al otro lado de los Pirineos. Se impone abordar la política desde de las prácticas a pie de calle, derribando la dicotomía entre lo «tradicional» y lo «moderno», explorando cómo las clases populares interpretaron y se apropiaron de unos discursos que en ningún caso circularon de forma unilateral desde las elites. Las nuevas lecturas de las revoluciones francesas de 1848 y 1871, por ejemplo, invitan a visitar los episodios de 1854, 1868 y 1873 en nuestro país, que adolecen de un significativo abandono historiográfico.

Las páginas de *La modernité désenchantée* están impregnadas de un regusto desengañado y pesimista, una reflexión escéptica sobre la utilidad de la historia tras las crisis de los relatos previos a la década de 1980. Sin embargo, las conclusiones del libro devuelven al lector la confianza en el futuro de la disciplina. En primer lugar, los autores subrayan que la mirada pesimista sobre el siglo XIX es un reflejo de la crisis de la modernidad contemporánea en la que nos hallamos inmersos. La pérdida de nuestras certidumbres nos hace dirigir la atención a «los hombres y mujeres que, en pleno siglo XIX, dudaron de las virtudes del progreso, de la democracia representativa, de la fantasmagoría del capitalismo y de la omnipotencia del sujeto racional» (p. 386). En cierta medida, nuestro siglo XXI encuentra componentes familiares en los discursos críticos con el devenir del XIX. El escepticismo que domina la historiografía actual nos permite cuestionar las certidumbres heredadas. Al restituir la pluralidad de los posibles y los

relatos olvidados por los vencedores, la historia nos recuerda que nuestro mundo es contingente, que no estamos limitados por nuestro pasado. El pesimismo antropológico se convierte en herramienta emancipadora, «desvelando las potencialidades olvidadas, liberándonos del presentismo que nos ahoga» (p. 387). La historia abre las puertas de un futuro en el que los posibles se hagan realidad: un horizonte sin desencanto.

Habrà quien considere el «manifiesto» de las últimas páginas como la expresión de un optimismo algo forzado. A nosotros nos parece que supone un cierre magistral para el repaso al siglo XIX, devolviendo a los historiadores a su contexto y subrayando las infinitas posibilidades que nos depara el futuro. El desencanto con la modernidad y el escepticismo historiográfico se convierten paradójicamente en herramientas liberadoras. Redescubrir el XIX como el siglo de los posibles, nos permite valorar el potencial de nuestras utopías. Por ello, lejos de conducirnos al pesimismo, la deconstrucción de las certidumbres en torno a nuestro pasado resulta emancipadora. En medio de estos tiempos confusos, la historia sigue siendo un arma cargada de futuro.

Álvaro PARÍS MARTÍN
Maison des Sciences de l'Homme
Université Blaise Pascal,
Clermont-Ferrand.

La agonía del liberalismo en la Crisis de la Restauración (1913-1923)

Francisco J. Romero Salvadó y Ángel Smith (eds.), *La agonía del liberalismo español. De la Revolución a la Dictadura (1913-1923)*, Granada, Editorial Comares, 2014, 288 pp.

A pesar de estar en pleno periodo del centenario del comienzo de la Crisis de la Restauración, y de las analogías con los problemas del presente político español que en ocasiones han teñido la atmosfera de un tenue «Fin de Régimen», no hemos tenido una avalancha historiográfica que conmemore dicho periodo. Quizá en 1917 con el centenario de los sucesos revolucionarios, tengamos más suerte los historiadores profesionales, estudiantes y público interesado en los avatares de España en los primeros compases de la Guerra Civil Europea (1914-1945). O quizá haya que esperar al centenario de los acontecimientos de la Barcelona de 1919 a 1921, o de las masacres de Annual y Monte Arruit en 1921, aspectos que relacionan a España con la situación política prerrevolucionaria de Alemania o Hungría, así como de derrota militar en el espacio colonial tal como había pasado ya en 1898, y que en cierta manera fueron el equivalente bélico nacional a la Gran Guerra.